

el quehacer creativo de las minorías, ha de permitirnos disponer de los instrumentos de análisis y modificación suficientes, como para incidir responsablemente en la vida política de cada día.

Leyendo a Mugny uno se percata de que las críticas sobre la artificialidad de la psicología o sobre su función garante de la ideología dominante, se esfuman y, en cambio, se alumbra una psicología de la ruptura, de la marginalidad, hecha de

creatividad, empeño y coraje. Nadie mejor que el psicólogo para comprometerse en su rol de concienciador, esclareciendo los procesos que encadenan o liberan la conducta del hombre en interacción.

A cuantos intentan propulsar una psicología joven, científicamente válida y socialmente comprometida, el estudio de Mugny les servirá de pauta y de acicate.

SILVERIO BARRIGA

REFERENCIAS

HOLLANDER, E. P. (1960): "Competence and conformity in the acceptance of influence", *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 61, 360-365.

MOSCOVICI, S. (1979): *Psychologie des minorités actives*. Paris, Presses Uni-

versitaires de France (Trad. castellana en Morata, 1981).

DOISE, W. (1976): *L'articulation psychosociologique et les relations entre groupes*. Bruxelles, De Boeck (Trad. castellana: *Psicología social y relaciones entre grupos*, Barcelona, Rol, 1979).

La emigración española en la encrucijada. Marco general de la emigración de retorno

JOSÉ A. GARMENDIA (Comp.)

(Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1981)

La emigración, uno de los fenómenos sociológicos que ha tenido mayor importancia en la conformación de la estructura social española en los últimos años, es el objeto de estudio del presente libro.

Su relevancia ha sido puesta de manifiesto en múltiples estudios, y no es para menos si consideramos la importancia numérica que estos movimientos humanos han tenido, y su incidencia en la dinámica social de España.

Aunque las estadísticas proporcionadas por los organismos oficiales españoles no son exactas, se cifra en unos tres millones y medio de personas (de un censo de unos doce millones de población activa), las que,

en 1970, estaban fuera de España, trabajando bien en América o en Europa.

Las causas motivadoras de este importante fenómeno se sitúan casi exclusivamente en la esfera económica. A lo largo de los trabajos y en las encuestas realizadas a los emigrantes, se trasluce que ese «espíritu aventurero» del que nos han hablado, es una pura falacia, es inexistente: es la más pura necesidad, en toda su crudeza, la que mueve a los españoles a emigrar.

El marco social y político en el que se sitúa el fenómeno migratorio hace referencia al fin de la etapa autárquica, en la que se encontraba la España franquista desde 1945. A par-

tir del 57 comienza la recuperación económica, la apertura al exterior, el flujo de turistas, con la consiguiente entrada de divisas, y que van a posibilitar el despegue económico. Los obreros españoles, pobremente pagados e incentivados por los salarios más altos y por los niveles de vida desplegados por los turistas de vacaciones en los lugares rurales, allí donde precisamente esos estímulos de mayor nivel de vida actuaban más fuertemente, unido a la insuficiencia de puestos de trabajo y al fin de la política económica del Gobierno, tendente al mantenimiento del pleno empleo, hicieron que el atractivo de la consecución de salarios tres o cuatro veces más altos que en España, además de una oferta de trabajo prácticamente ilimitada, actuará como determinante para la emigración.

Pero esto, además, no sólo desde un punto de vista particular, para los trabajadores, sino de igual forma para el régimen, cuya funcionalidad fue puesta de manifiesto por su ministro de Trabajo en febrero de 1964, que declaró que el Gobierno «considera la emigración española como una necesidad provocada por los objetivos de nuestra política»¹.

Las consecuencias fueron claras. El incipiente aperturismo político, unido a la disminución de la oferta de fuerza de trabajo, hizo posible el atenuamiento de las draconianas condiciones de trabajo y un inicio de actuación de los sindicatos. Por otro lado, y como reflejo de lo anterior, la emigración acudió en ayuda del sistema como fenómeno de evitación o atenuamiento de tensiones y conflictos laborales.

Después de estas generalidades

acerca del fenómeno migratorio, discutibles quizá en algún punto, quería entrar en la consideración de otro aspecto de no menor importancia: el retorno del emigrante, aspecto que no debía de ser considerado de una forma aislada del estudio de la emigración, por cuanto, como señala Garmendia, «... la inmensa mayoría de los emigrantes continentales, por no decir la totalidad, salen de España con la idea del regreso definitivo».

No deja de resultar como mínimo paradójico que un libro que lleva como segundo título (segundo por su ubicación en la portada) *Marco general de la emigración de retorno*, apenas si dedica una sexta parte de él, de forma explícita, a abordar el tema.

Hay que tener presente que el abordar la problemática del retorno no parece fácil. En primer lugar, un obstáculo no desdeñable surge de la actitud de reserva, cuando no de franca negativa, bastante generalizada ante las encuestas. Este hecho es puesto de manifiesto en la «Introducción» del libro, en el que nos muestra de forma clara dicho comportamiento: de 11.148 contactos, aceptaron ser encuestados 1.568 retornados.

En segundo lugar, habría que situar las dificultades de seguimiento de un colectivo cuyo cálculo numérico, ya originariamente presenta problemas. Si ya resulta difícil, por no decir imposible poseer unas buenas estadísticas de emigrantes debido a varias razones (errores de cálculo en las series, no consideración de la emigración clandestina, tratamiento «político» en la selección de datos), cuanto más no va a suponer el tenerlas de retornados: el problema lógicamente se multiplica.

Por último, las mismas «ambiciones» del estudio ante el hecho de

¹ Antonio BALLESTER HERRERA, *Actualidad Económica*, 22 febrero 1964.

abordar también una problemática como el retorno, cuando ya la emigración por sí misma presenta importantes aspectos a tomar en consideración que llenarían el espacio y el tiempo que el autor quisiera concederles.

No obstante, si consideramos que emigración y retorno son dos momentos del «continuum» de la actividad social y laboral del individuo que emigra, momentos que van a marcar en un sentido o en otro, pensamos que el análisis conjunto de ambos fenómenos, cuando ello sea posible, puede aportar valiosos datos para una mejor comprensión acerca de ciertas actitudes y comportamientos del emigrante, así como posibilitar la puesta en marcha de aquellos mecanismos que hagan viable la plena integración social y laboral del retornado, problema central de la política de retorno.

La parte tercera del libro (unas 70 páginas) lleva el título de «El retorno», aunque lo cierto es que, de los tres trabajos que lo componen, el primero, «Análisis de entrevistas libres a emigrantes y expertos españoles», apenas si lo toma en consideración. Los autores a través de 21 encuestas realizadas en distintos puntos de Alemania, Suiza y Francia ponen de manifiesto ciertas actitudes y problemas de los emigrantes (integración, marginación, condiciones de trabajo, comportamiento político y sindical, actitudes hacia la nueva sociedad...). Se pone fin al trabajo con la indagación acerca del retorno a España, encontrando una actitud de gran escepticismo en cuanto a su posibilidad, por parte de los jóvenes en especial, ante el temor al paro. Este trabajo, considerando las escasas líneas que dedica al tema y la trivialidad de las conclusiones, no parece que suponga

una aportación que merezca mayor interés, si no es su crítica.

Caso distinto es el segundo trabajo «Algunos problemas básicos de ajustamiento y desviación en la readaptación del emigrante de retorno».

Parece ser que todos los autores están de acuerdo en reconocer que uno de los problemas fundamentales del retornado (dejando aparte el del empleo), es el de la readaptación, readaptación que supone serios problemas por cuanto la sociedad en la que va a vivir el retornado no es la primitiva ya que, por lo general, está condenado a una segunda emigración impuesta por las nuevas condiciones laborales en las que se encuentra el retornado. El autor va a ver cómo este proceso en sus dos vertientes (ajustamiento-desviación) se encuentra influido por ciertas variables (cualificación del retornado...), así como algunos aspectos que operan en el proceso de readaptación del emigrante (interés por la política, actividad sindical...).

Partiendo del hecho de que se ha producido un cambio en la estructura ocupacional del emigrante (ya que éste ejercía originariamente en su mayoría una actividad agrícola), deduce el autor que se ha tenido que operar al mismo tiempo algún cambio de actitudes, de ideología, consecuencia de las nuevas vivencias a las que ha estado sometido el emigrante, y es precisamente por esta vía de las nuevas experiencias vividas por el emigrante cómo se verifican las posibles modificaciones actitudinales, ya que no parece que el contacto con una cultura que los emigrantes sienten absolutamente ajena a ellos y prácticamente sin conexiones con la propia, opere en el sentido de modificar éstas.

Esto nos introduce en dos proble-

mas: el de la integración cultural, o mejor no adaptación a la cultura global, que el autor trata en otro artículo y del que se hablará más adelante, y el de qué forma esas nuevas experiencias van a guiar o señalar el proceso de readaptación. Así, el emigrante a su regreso se inclinará por una ubicación laboral más industrial que la de origen, produciéndose por tanto una segunda emigración, que si bien no es tan traumática para el individuo como la primera, por existir una mayor afinidad de carácter, lengua, etc., no deja de originar en él desajustes y tensiones.

Según el autor, existen algunas variables que pueden explicar las diferentes actitudes ante la readaptación, y ése es el caso de la variable «capacidad profesional». Así, considera que existe una relación directa entre el grado de capacitación-formación profesional y la voluntad de comunicación-participación-adaptación del emigrante en las sociedades receptoras, y por extensión, se puede sospechar que ocurre algo similar con respecto a los procesos de adaptación y conflicto del retornado en España. Esto parece ser evidente y demostrable, siempre y cuando las diferencias de ocupación del emigrante en los países emisor y receptor no sean excesivas, ya que en caso contrario la frustración ocasionada por el descenso de *status* sociológico puede producir serias tensiones que impidan el proceso de adaptación. Esto con respecto a la emigración de retorno.

En cuanto a la situación del emigrante en el país receptor, si tenemos en cuenta, como ya se dijo antes, que la inmensa mayoría de la mano de obra emigrante procede de un medio rural con relaciones vitales y formas de trabajo tradicionales cabe esperar

que los problemas no vengan tanto por el lado de la frustración ante unas expectativas que no se cumplen en el país receptor, como por el cambio tan absoluto que supone la entrada laboral en un medio industrial avanzado ante la incapacidad manifiesta de comprensión del proceso en el que está inmerso por esa misma falta de preparación.

Considera el autor que una medida de la capacidad de readaptación y participación en la sociedad de origen puede ser la variable «grado de interés por la política», encontrando que, para el caso de los emigrantes retornados, es superior a la media nacional para 1975. Esto, según el autor, «... viene a corroborar el impacto de la experiencia migratoria en la politización del retornado», conclusión en la que no parece que estén de acuerdo otros trabajos, y que se comentará más adelante. Observa también el autor la dependencia existente entre la preparación técnico-profesional «de partida» y el posterior interés de participación política al volver a la sociedad de origen, y concluye afirmando que la capacitación profesional y la voluntad de participación social están, sin duda, estrechamente relacionadas.

Por último, el autor expone un proyecto de acción política para la emigración de retorno. Los campos de actuación serían tres: la propia sociedad de emigración, que tendría como misión fundamental el entrenamiento del emigrante para hacer más rentable la venta de su fuerza de trabajo, así como la puesta en marcha de un buen servicio de información del mercado de trabajo y otras medidas sociales; la sociedad receptora, que tendría que ocuparse de manera preferente de hacer realmente operativo el principio

de «igualdad de oportunidades» en cuanto a posibilidades de formación y capacitación de los emigrantes, y de la creación de filiales de empresas con emigrantes en los países de emigración; y por último, desde ambas sociedades al mismo tiempo, realizando una política conjunta de «rotación de emigrantes» es decir, regulando el relevo periódico de éstos.

Uno de los aspectos más destacables de fenómeno migratorio es el relativo al papel que cumple la emigración como modelador y fuerza actuante de primer género en la interiorización de los valores y pautas de lo que se ha dado en llamar sociedades de capitalismo avanzado. Esta asunción de nuevas normas de conducta, creemos que eminentemente laborales, son las que pone de manifiesto el autor en el trabajo «Análisis de encuestas a Directores de Personal».

A través de 86 encuestas efectuadas a directores de personal (71 con emigrantes y 15 sin ellos), el autor intenta poner de manifiesto hasta qué punto actúan los prejuicios en la percepción de las características del retornado, contrastando los datos con los resultados de las encuestas llevadas a cabo entre directores de personal sin emigrantes en sus empresas.

Así, encuentra el autor que los directores de personal son emigrantes en sus empresas, piensan que éstos son más trabajadores, tienen una mayor estabilidad laboral y una mejor preparación técnica que el resto de la plantilla, percepción que se acentúa en el caso de los que no tienen emigrantes.

En cuanto a la actividad política y sindical, el emigrante retornado es menos conflictivo y sus reivindicaciones son eminentemente de carácter laboral (mayor racionalización, mejora

de las condiciones generales de trabajo...).

A partir de las conclusiones que el autor saca no parece que se pueda deducir una mayor politización del emigrante retornado como el autor del trabajo anterior comenta, sino más bien todo lo contrario: una mayor aceptación del orden social y laboral establecido.

Para finalizar con la problemática del retorno hay que mencionar el intento de cuantificación llevado a cabo en otro artículo no englobado precisamente en la parte del retorno, pero que, para seguir la temática iniciada, se comentará ahora.

Para realizar esta tarea el autor parte del número de emigrantes continentales asistidos por el I.E.E. en un cierto período, cifra a la que añade un 50 por 100 de emigrantes clandestinos que, según la mayoría de los autores, es la media de los no asistidos.

Por otro lado, considera la mano de obra española ocupada en los países de destino al final del último año del período considerado. El saldo migratorio vendría dado, por tanto, por la diferencia entre los dos valores considerados, es decir, emigrantes clandestinos, menos la mano de obra ocupada en cada país de destino al final del último año del período considerado.

La elección de una metodología de trabajo correcta es el primer paso para el desarrollo de una investigación que aspire a ser rigurosa. A veces es la única libertad que se puede permitir el científico social: el recurso a su independencia metodológica como única elección «libre» llena la actividad de más de un científico social.

El uso de una determinada técnica en el estudio de un cierto fenómeno

está claro que no excluye el uso de otra u otras que, además, pueden ser más operativas según el aspecto de que se trate del fenómeno general. Pero, además, es que dada la diversidad axiológica del trabajo presente, quizá por eso mismo, la diversidad metodológica existente era, sin duda, una condición necesaria para poder abordar determinados aspectos del fenómeno migratorio.

Las dos técnicas de trabajo mayoritariamente utilizadas (encuestas y estadísticas) adolecen en sus resultados de serios problemas, teniendo que ser tratados los datos proporcionados por ellas con toda reserva, por cuanto, como hemos dicho más arriba, son métodos que padecen de claros inconvenientes (falta de aleatoriedad, rigidez en las respuestas del cuestionario, el primero, y estadísticas poco veraces, el segundo).

Tampoco existe una uniformidad axiológica, como se ha dicho más arriba. Cada autor ha valorado distintos aspectos del fenómeno migratorio, lo que contribuye a ofrecernos una panorámica bastante amplia del fenómeno migratorio.

Por fin, y para terminar, intentaremos resumir uno de los trabajos que consideramos más interesantes, por cuanto nos parece que aborda un aspecto del fenómeno migratorio no muy estudiado: el papel que desempeña la familia y la escuela en el proceso de socialización, adaptación y control de las familias afectadas por la emigración.

La elección de este artículo se ha hecho en base a lo que suponemos que es un aporte considerable en el estudio del fenómeno migratorio.

La reflexión sobre aspectos tales como el demográfico o el contexto socio-económico de la emigración,

pensamos que han sido abordados con más frecuencia, y que estos trabajos, aun siendo interesantes, creemos que no proporcionan nada nuevo a su conocimiento. Sin embargo, aun cuando es sobradamente conocido el papel que la institución familiar y educativa desempeña en la vida del individuo (socialización, colocación social...) la explicitación de cómo opera «en concreto» en las familias con miembros en la emigración, cuando precisamente esta situación las hace convertirse en la antítesis, en la contradicción de lo que es una familia (que se define por sus funciones), nos parece que además de ampliar nuestro conocimiento de tales instituciones en general y en situación «normal», puede servir, al mismo tiempo, para desentrañar ciertos comportamientos del emigrante y de su familia.

Resulta sumamente clarificador del verdadero papel que desempeña una institución ver cómo ésta se mantiene, aun cuando deja de cumplir las funciones para las que ha sido creada. La falta de lógica aparente de esta situación, nos remite necesariamente al papel capital que desempeña para la estabilidad del sistema, estabilidad lograda mediante la socialización del individuo en las normas imperantes.

El autor, a lo largo de las páginas de su trabajo, va a analizar cómo el capitalismo necesita para la consecución de sus objetivos (léase mayores beneficios) producir una fuerza de trabajo disciplinada. Para el logro de esta meta tendrá como inestimables apoyos la familia y la escuela.

Del hecho de que el emigrante deje su familia en el país de origen se van a derivar, según el autor, una serie de hechos. Para la mujer va a suponer una situación de inseguridad y tensión

constantes, debido a los problemas inmediatos a los que tiene que hacer frente sin ayuda del marido, unido a una permanente represión sexual. Para los hijos va a incidir este hecho de varias formas. De un lado, la falta de una situación afectiva sana va a propiciar un rendimiento académico más bajo y una orientación escolar hacia futuros oficios seguros y rápidos; de otro, el sin sentido de la permanencia del rol tradicional del padre (cuando éste está fuera) puede provocar en los hijos reacciones de sumisión incondicional o de rebelión. En lo que respecta a la vida del emigrante, la explotación, la difuminación de la conciencia de clase y la paralela producción de una específica ideología (el recuerdo de la patria y la diferenciación que los separa de la población autóctona).

Piensa el autor que el hecho de que emigren padres e hijos tiene un gran interés funcional, ya que «el equilibrio y la estabilidad emocional que se supone produce la mujer, sigue actuando, el trabajador rinde más, y el carácter insular y segregado que reviste la familia emigrante, la hace conservar los valores de su sociedad de origen». Como contrapartida, surgen los problemas de vivienda, de educación de los hijos y adaptación al nuevo hábitat. Los problemas de educación de los hijos adquieren especial relevancia, problemas que vienen dados por las dificultades del idioma y las de adaptación al sistema educativo del país receptor: como resultado, el bajo rendimiento académico y la consiguiente marginación y segregación de los hijos de emigrantes.

Este conglomerado de situaciones penosas hace que el emigrante y su familia se aísle, viva separado de la sociedad en la que habita y que los únicos contactos que realice sea entre

trabajadores de su misma procedencia. Esto favorece la separación entre las capas de trabajadores naturales del país y los emigrantes, favoreciendo la estabilidad social y diluyendo la conciencia de clase.

Pero junto o al mismo tiempo que se produce esta situación de aislamiento de la familia emigrante, se opera otro proceso de distinto signo. «Si la marginación puede reforzar el universo axiológico, cultural y normativo que la familia ha abandonado espacialmente, la adaptación a los criterios de la vida cotidiana en la sociedad receptora transformará ciertos esquemas y rituales de este núcleo familiar en la línea de la modernización, de la adaptación a las nuevas exigencias de la producción y del consenso: reducción de la natalidad, salida de la mujer del ámbito del hogar para incardinarse en el mundo laboral, cierto reparto de las tareas domésticas, etc.»

Pero es esto todo lo que está dispuesto a permitirle la sociedad receptora, ya que de lo que se trata es de impedir que el emigrante se llegue a integrar en ella: lo único que tienen que interiorizar es el espíritu de sacrificio y la disciplina del trabajo. Para evitar esta integración, la sociedad receptora favorecerá la puesta en marcha de toda una serie de mecanismos: «la familia como institución monopolizadora del afecto y de la seguridad (pues la sociedad es la amenaza, el riesgo, la explotación); la memoria de la patria como lugar exclusivo para vivir (trabajar ya es otra cosa, se trabaja allí donde quiere el capitalismo) y el ahorro como medio que compense las fatigas de la emigración y cubra un eventual desempleo».

La familia amortiguará las tensiones sociales, creando un clima de seguridad y neutralizando los conflictos al

mismo tiempo que dará sentido a la emigración del trabajador, siendo el «reclamo de la emigración» y el «seguro de que dispone el poder para seguir explotando bajo nuevas formas al trabajador».

Pero no obstante, piensa el autor, estas funciones mantenedoras del orden social no pueden ser llevadas a cabo sin la modernización de la estructura familiar. En esta línea está la adopción de nuevas pautas en lo relativo al número de hijos (que se ajusta al de la sociedad receptora, disminuyendo, por tanto) y la ruptura temporal con el primitivo grupo familiar, para formar otro en el país receptor, pero que en última instancia lo que hace es impedir que el emigrante rompa con la institución.

Sostiene el autor que el sistema educativo se manifiesta como uno de los mecanismos más eficaces para mantener a las personas en la dominación, ya que «disciplina a los individuos, racionaliza la desigualdad y transfiere el conflicto social a una institución que lo neutraliza», convirtiéndose la

escuela en el elemento clave para el mantenimiento del orden, ya que ella viene a rellenar el hueco de vacío de autoridad dejado por el padre, facilitando, al mismo tiempo, el paso de la familia tradicional a la moderna.

La condición de trabajador emigrante va a determinar, según el autor, la de sus hijos en el sistema escolar: la segregación cultural y social será la respuesta del sistema educativo ante las demandas de una equiparación de educación con los nativos, segregación, segregación de la que es buena muestra la creación de las «clases especiales experimentales» y que se va a mantener mediante el recurso por parte del sistema educativo a la «enfermedad mental, el bilingüismo y el biculturalismo» de los hijos de los emigrantes, viéndose así «... reducidos a un mecanismo escolar que les lleva al extremo opuesto de aquellas expectativas falsamente introyectadas por el trabajador emigrante».

AURORA ROJO

La clase obrera en la transición democrática

VÍCTOR PÉREZ DÍAZ

(Fundación del INI, 1980)

En plena etapa de transición democrática, mientras las fuerzas políticas redactaban por consenso la nueva Constitución española y, al mismo tiempo, intentaban paliar los efectos de la crisis económica mediante la firma de los Pactos de la Moncloa, los obreros españoles estrenaban elecciones sindicales libres, dejando atrás el

largo período de pasividad obligada de la dictadura para integrarse en otro nuevo donde no solamente podrían manifestar sus deseos y aspiraciones, sino que eran requeridos por todas las organizaciones políticas para que participaran, mediante el voto y manifestaciones populares en la configuración del nuevo orden democrático que se